

Nuestro Silencio

DANIEL BADOSA MORIYAMA



Biografía del autor

Daniel Badosa Moriyama nació el 1 de junio de 1989 en Madrid. Ya desde pequeño sintió una gran fascinación por las increíbles historias en que le sumergían los comics y los libros. No tardó en coger prestada la máquina de escribir de su padre y teclear con finos dedos las primeras historias. Ahí, entre aquellas palabras en tinta mecanografiada, nació su sueño de ser escritor.

Se licenció en psicología en el año 2014 por la Universidad Autónoma de Madrid y realizó un curso de edición profesional de libros en 2015. Vive actualmente en la misma ciudad junto con su esposa y sus dos hijos mellizos.

Haz click para conseguir el libro completo:
Ebook | Tapa blanda

o visita [ESTE ENLACE](#)

Encuentra al autor en:
www.danielbadosa.com
Youtube: Daniel Badosa
Twitter: @danbamo
Instagram: danielbadosa

NUESTRO SILENCIO

Daniel Badosa Moriyama

Nuestro silencio

Copyright © 2017, Daniel Badosa Moriyama

Ilustración de la portada: © Isabelle Piolat y Javier Badosa

Diseño de personajes al final del libro: © Nuria Tamarit

Copyright © 2000 - 2014, CreateSpace, a DBA of On-Demand Publishing, LLC

Nuestro silencio by Daniel Badosa Moriyama is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

Para ella.

Prólogo
La última estación

1

La oreja tapada

—¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—Creo... creo que ha llegado el momento, Dovev.

Aquellas eran las últimas palabras que quería escuchar. Rezaba todas las noches para nunca oír esas horribles sílabas, daba igual de qué labios salieran.

—Todo va a salir bien —susurró Dovev, acariciando el suave pelo de su joven esposa, mintiéndose a si mismo.

Ella intentó sonreír. Él intentó no llorar.

La habitación del hospital dejó de existir. Todo a su alrededor comenzó a ir más lento, más pesado, más doloroso. El mundo dejó de hablar. Solo estaban ellos en la pequeña habitación blanca.

—Dovev... —empezó a decir Julie con dolor dibujado en su rostro.

Miró a su esposa a los ojos, y en un pequeño instante de esperanza, creyó realmente que todo iba a salir bien. En aquellos ojos tan conocidos no vio ni dolor ni a la muerte acercarse. Vio los mismos colores que amaba profundamente.

—Mi amor... mi vida... yo... sollozó su esposa.

Su mano hizo más fuerza en la de su marido.

Temblaba.

—Tengo... tengo miedo...

Dovev bajó la vista. Las lágrimas eran imposibles de contener. Pero tenía que ser fuerte. Tenía que estar con ella. Ahora más que nunca.

—Julie... todo... todo va a ir bien. No hay que tener miedo. Estoy aquí... —repitió, apartando la vista para ocultar unas lágrimas que parecían no tener fin—. Estoy aquí, no tienes por qué tener miedo. Estoy aquí, estoy aquí...

La besó en los labios. Antes carnosos y rojos, ahora secos y grises.

Y a pesar del gran miedo que la poseía, ella intentó sonreír, con toda la belleza de aquella primera sonrisa de la que Dovev fue testigo.

Julie empezó a convulsionarse en la cama por el dolor. Su mano apretó aun con más fuerza la de su marido. La agonía reflejada en la cara de su esposa, el miedo transmitido en el rostro de su marido.

Y luego, la calma.

Julie levantó poco a poco su mano libre para acariciar suavemente la mejilla húmeda de Dovev.

—Te quiero, Dovev.

Dovev tragó saliva, intentando que la voz no le temblara. Intentando sonar fuerte para ella.

Cuanto quería decir Dovev y que pocas fuerzas le quedaban.

—Yo también te quiero, Julie.

El silencio llegó como una ola para cubrirlos entre sus aguas. Transformando un instante en una eternidad.

Cerró los ojos con una sonrisa, como hacía siempre antes de irse a dormir, y se dejó llevar por aquella calma que el silencio había traído consigo.

El momento había llegado.

Eran conocedores de lo inevitable. Y sin embargo, fue tan rápido y silencioso que Dovev no se dio cuenta de cuándo había comenzado la transición entre ojos cerrados y espíritu exhalado.

Miró a su esposa con más lágrimas de las que jamás se habría creído capaz de derramar. La sonrisa de Julie había desaparecido. Y sin esa sonrisa, ella ya no estaba entre sus dedos.

Su esposa había muerto.

Cogió la manta de la cama de hospital, y estirándola poco a poco tapó la oreja de su esposa.

Julie siempre dormía con la oreja tapada. Decía que así sentía la mano de Dovev protegerla en la noche.

Dejó la manta sobre su esposa y se quedó allí junto a ella, llorando en la oscuridad.

2

Una semana

El primer día después del funeral, Dovev se encerró en su piso. Dijo que no quería hablar ni estar con nadie. Se quedó allí, en la cama en donde ambos dormían y se despertaban todos los días, y lloró hasta que sus ojos se quedaron sin más lágrimas que derramar.

El segundo día, miró todos los videos en los que aparecía ella. Daba igual la calidad, la duración o el contenido. Ella, y solo ella era lo más importante.

El tercer día, escuchó todas las grabaciones en donde sonara la voz de ella, dejando que aquella voz mágica volara por todos los rincones de su mente.

El cuarto día, contempló todas las fotos de ella. Desde la más importante, hasta la más insignificante. Desde la grandiosa boda, hasta una comida en el Mc Donald tras un duro día de trabajo.

El quinto día, leyó todo material escrito por ella. Emails, cartas, notas cuando se iba de viaje, listas de la compra, votos de amor.

El sexto día, Dovev durmió, deseando con todas sus fuerzas soñar con ella y verla una última vez.

Pero ella no apareció.

El séptimo día, Dovev se afeitó la cabeza en la ducha y salió de su casa con un crisantemo púrpura, la flor favorita de su esposa. La dejó enfrente de su tumba, vertió una sola lágrima, y se marchó.

Aquella fue la última vez que Dovev visitó la tumba de su esposa.

Aquella fue la última vez que Dovev lloró por ella.

Primera parte
Primavera

3

Kebazzeria

—¿A ti gusta dinero?

Dovev suspiró. “Otra vez no, por favor” pensó para sí mismo mientras seguía trabajando en la pegajosa y esponjosa masa de pizza.

El chico de unos doce años miró confusamente a aquel hombre turco de cejas pobladas, pelo blanco rizado como lana y tripa generosa. Tragó con dificultad el bocado del kebab de ternera que anteriormente estaba devorando felizmente y pensó en si aquella pregunta tenía trampa.

—Pues... claro que me gusta el dinero —contestó finalmente el chaval. Dovev negó con la cabeza. Gran error.

—¿Y por qué tú no come tomate? —le preguntó con una voz potente como el trueno y cargado de eléctrica ira.

El chico, más confundido que antes, arqueó una ceja. El turco, exasperado, señaló con su dedo grueso como una salchicha la rodaja de tomate apartada, desechada en aquel fino e inútil papel de cafetería.

—¿El tomate? —preguntó el chico, señalándolo también, como si no se creyera que estuvieran hablando el mismo idioma.

—¡Sí! ¡Tomate! ¡Tomate, dinero! Si tú gusta dinero, ¿por qué no come tomate? ¡Joder!

Sin saber muy bien dónde meterse, el chico intentó ignorar al enfadado dueño del local. Empezó a beber nerviosamente de su lata de coca cola, evitando el contacto visual. Pero el turco seguía mirándole fijamente sin intención de rendirse.

—Será mejor que te comas el tomate —le dijo Dovev saliendo de la pequeña cocina—. No te va a dejar en paz hasta que te lo tomes.

—Pero... es que no me gusta... —se quejó el chico con el ceño fruncido.

—En serio, cómetelo. No prefieras saber qué es lo que les pasa a los que no lo hacen —le volvió a aconsejar Dovev mientras se limpiaba la harina de las manos con el delantal.

El chico asintió, y cogiendo con dos dedos la rodaja de tomate que chorreaba salsa de kebab, se lo metió en la boca y con un generoso trago de brebaje diabetizante consiguió tragárselo.

El turco de cejas pobladas como estropajos empezó a aplaudir y a reírse. Una risa que hacía temblar los cimientos de la tienda.

—¡Ves cómo no tan difícil, joder!

Y así, se marchó el turco a seguir cortando la costrosa carne de kebab que ya se estaba quemando.

Dovev sabía que como otros muchos, aquel chaval jamás volvería a su restaurante de kebabs.

O más bien, Kebazzeria.

Habían pasado seis meses desde el fallecimiento de su esposa. Dovev no podía seguir sin trabajo, así que empezó a echar currículos por todas partes hasta que de una misteriosa manera, encontró Tony Kebaperoni, el extraño local regentado por el Jefe, donde la pizza y el kebab eran los protagonistas indiscutibles.

Dovev no sabía el nombre del Jefe. Nunca se lo había dicho, y no parecía tener intención de hacerlo. Así que Dovev simplemente le llamaba Jefe, que en realidad era como todo el mundo se dirigía a él, tanto dentro del local como fuera. Algunos clientes le preguntaban si se llamaba Tony ya que aparecía en el letrero, pero él siempre se enfadaba por la constante pregunta. Si tenía un nombre de verdad, lo desconocía.

Cuando Dovev entró dentro del local, lo primero que Jefe le dijo fue «¡Joder! ¡Qué calvo! ¡Parece bombilla!» seguido de una risa gutural. Pero algo debía de tener la cabeza afeitada de Dovev, porque después de preguntarle si sabía hacer pizza, y que él contestara negativamente, le contrató en el momento. Fue el comienzo del trabajo más surrealista de Dovev.

Jefe le confesó a Dovev que su intención era crear un buen local de pizzas para el barrio. Pero parecía que nadie se fiaba de sus sospechosas creaciones, por lo que tuvo que pasarse al kebab. Las ventas mejoraron de manera milagrosa, pero él seguía empeñado en cocinar pizza. Así

que bautizando el local con el nombre de “Tony Kebaperoni”, decidió intentar de nuevo conseguir clientes que se fieran del plato italiano.

Su plan, por lo visto debía de incluir a un calvo con gafas redondas, pues Dovev aún no entendía por qué le había contratado tan rápidamente.

Dovev aprendió paso a paso a hacer una buena masa, esponjosa y elástica. A hacer su propia salsa de tomate casera y a rallar de la manera más efectiva el queso. Aprendió a colocar los ingredientes de forma que quedaran distribuidos equitativamente para que cada bocado fuera perfecto. Aprendió a hornearlas en su punto exacto, ni más, ni menos. Aprendió la sencilla alegría de hacer pizzas. Si antes ya le gustaban, ahora las amaba.

Y así, Tony Kebaperoni empezó a vender más pizzas. Muchas menos que kebabs, pero aquello ya fue una gran victoria para Jefe. Así que dejó que Dovev siguiera trabajando en su humilde local.

Era un trabajo sencillo. En el que no había que pensar demasiado y en el que escuchaba muchas conversaciones estúpidas todos los días. Justo lo que Dovev andaba buscando.

Dovev esparció trozos de jamón york y de piña por toda la pizza. Viendo que estaba bien, la metió con cuidado en el horno eléctrico. Podía cocinar como máximo cuatro pizzas en aquel monstruo de metal. Jefe siempre se quejaba de ese “horno de mierda”, pues decía que en su tierra tenía antes un horno de piedra de más de cien años. Contó que no lo pudo traer porque ya traía otro objeto de gran envergadura: su esposa. Dovev no supo si debía reírse o no.

La pizza empezó a dorarse con el pasar de los minutos. Los mágicos ingredientes ya estaban soltando deliciosos vapores alimenticios. Daba igual cuánta comiera o cocinara, amaba la pizza. No podía remediarlo. Su filosofía era “todos los días son buenos para comer pizza.”

Cuando sacó la pizza, con el queso burbujeando, los ingredientes brillando y la masa crujiente, le dio la tentación de cortar una porción y comérsela a escondidas. Pero aquellas cejas pobladas como ovejas lo veían todo.

—¡Dovev! —le gritó Jefe desde el mostrador de Kebabs.

—Dígame, Jefe.

—Hora de comer, poder irte a casa si quieres. Hoy poco trabajo aquí. Todos cabrones comen en otros sitios.

—¿Está seguro, Jefe? No me importa quedarme y hornear otra pizza si quiere. Puedo comer aquí incluso si me deja...

—Nonono, tú irte. Pizza ya suficiente. Yo hago kebabs y a tomar por culo.

Dovev se colocó sus gafas redondas en su sitio y asintió obediente. Se quitó el delantal con aquel dibujo genérico y estereotípico de un cocinero de kebabs y se dirigió a la puerta.

—Gracias Jefe. Pues entonces volveré en un par de horas.

Jefe gruñó como un perro sin apartar la vista del periódico. Solo miraba la sección de música. Según los rumores, antes era un cantante medianamente famoso en su país. Dovev no sentía ni la más mínima curiosidad por oírle cantar. Ya sabía cómo sonaba su voz: ronca y plagada de palabrotas.

Cogió su bici y se fue volando en dirección a su nueva casa desde los últimos meses.

Una casa en donde vivían sus mejores amigos.

Una casa a la cual le habían obligado a mudarse.

Una casa en la que no quedaba ningún recuerdo de ella.

4

Metros contados

Dovev apretó los frenos para detenerse enfrente del portal. Justo en ese momento estaba saliendo una señora mayor, que puso la mano en su pecho con expresión indignada. Avergonzado, Dovev dio los buenos días y se metió rápidamente para dejar la bicicleta en el trastero compartido.

El edificio tenía siete plantas y él vivía con sus amigos en la última de ellas. La estructura se caía a pedazos como una galleta vieja dejando migas por todas partes. Pero sus amigos juraban con devoción que era muy barato para estar en la zona en la que estaba localizado y por tener el tamaño suficiente para todos ellos.

Noventa metros cuadrados. Eso era lo que tenían en total. Contados con exactitud. Y sus inquilinos apreciaban profundamente cada uno de aquellos metros.

Dovev abrió la puerta de la casa con un chasquido seco junto con un empujón con el pie izquierdo.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —preguntó en voz alta.

No escuchó ninguna respuesta. Encogiendo de hombros empezó a andar hacia el salón. Y allí se encontró con un individuo en calzoncillos de estampado de berenjenas portando una máscara de látex de unicornio mirando la televisión.

—Hola, Filigrana —saludó Dovev sin inmutarse por la presencia de la extraña criatura.

El cabeza de unicornio giró su cuerpo lentamente para colocar sus saltones ojos laterales en Dovev. Su flácido cuerno de goma apuntaba al pecho de Dovev con intención de empararle.

—¡Yooooo *mama makes me pancaaaaakes!*¹ —gritó mientras empezaba a bailar en el sofá con rítmicos movimientos pélvicos.

—En serio Filigrana, deja de decir eso. No se va a poner nunca de moda. Eso sin contar que lo robaste del nombre de un email que viste por internet.

1 “*Your mama makes me pancakes*” (*Tu madre me hace tortitas*)

Filigrana se quitó la máscara de unicornio de un solo grácil movimiento, revelando el rostro un hombre negro con una cresta de pelo azul marino y pendientes en forma de diamantes en ambas orejas.

—¡Eh! Ya te lo he explicado un millón de veces, me dijo que no lo iba a usar ya más y que era libre de coger la frase si la quería —intentó defenderse.

—Y se puede saber... Dios mío, me da hasta miedo preguntar. ¿Qué diablos estás haciendo en calzoncillos con una máscara de unicornio? Esa cosa da mucha grima.

Filigrana negó con la cabeza mientras miraba al suelo, indignado por la pregunta de su amigo.

—¿Es que no me conoces ya lo suficiente, Dovev? Parece mentira que llevemos viviendo juntos más de cinco años.

—Han sido solo unos meses.

—Cinco años en los que no conoces todavía mis series o películas favoritas —ignoró Filigrana a Dovev.

—Creo que eso ni siquiera lo sabes tú. Cambias de gustos como si fueras un niño de seis años.

—Soy un hombre que le gusta metamorfosearse y dejarse llevar por las corrientes del mundo. Ahora mismo estaba viendo una serie llamada “Tripofobia”, por lo visto es muy famosa entre el público joven de ahora.

—Filigrana, venga, déjate de tonterías, mi jefe me ha dado un par de horas para comer, ¿te apetece ir al coreano?

Filigrana, cerrando los ojos, realizó una majestuosa inclinación digna de un noble.

—Como desee su majestad.

—Y por favor, ponte ropa. Estoy harto de verte el paquete.

La puerta de la habitación más cercana al salón se abrió poco a poco. Una cabeza con unos enormes auriculares rojos se fue asomando con parsimonia. Tenía el pelo castaño suelto y salvaje, y unas mejillas redondas como pelotas de golf.

Era la hermana de Dovev, Nannah.

—¿Habéis dicho “coreano”? —preguntó en una voz anormalmente baja mientras sus mejillas se encendían como dos farolillos rojos.

—Sí, vamos a ir ahora, ¿te vienes? —le ofreció Dovev.

Nannah asintió lentamente con una sonrisa. Parecía estar drogada, aunque conociendo a su hermana, Dovev sabía perfectamente que nunca sería capaz de tocar si quiera el filtro de un cigarrillo.

—Esperad un momento, que tengo que guardar un par de archivos —dijo antes de volver a la oscuridad de su cuarto.

La hermana mayor de Dovev trabajaba como dobladora de personajes de dibujos animados. Era una línea de trabajo poco convencional que sin embargo amaba con pasión. Ya desde niño, Dovev recordaba ávidamente cómo su hermana otorgaba voces individuales y personalizadas para cada uno de sus juguetes, variando desde las más diminutas y estúpidas hasta las más graves y terroríficas. Para un niño, aquella era la hermana perfecta.

Cuando Nannah no tenía trabajo (que era más veces de lo que ella deseaba) se encerraba en su pequeña habitación transformada en un estudio de grabación casero para hacer sus propios proyectos. Nunca escuchaban nada salir de aquella habitación. O era muy silenciosa cuando trabajaba, o esa habitación había quedado completamente insonorizada.

Nannah salió de la habitación con un sombrero amarillo de paja. Después de doblar voces, lo que más le gustaban era decorar su cabeza. Aquel cuco sombrero hacía conjunto con su cómodo poncho de líneas verdes y amarillas horizontales.

—¿Está Sasazuka en casa? ¿O está trabajando? —preguntó Dovev a su hermana, pues Filigrana había desaparecido a su caótico cuarto para vestirse “debidamente.”

—Pues la verdad es que no lo sé... ¿Te importa llamar a su habitación? —preguntó sin mirar a su hermano a los ojos.

—En serio Nannah, para poner voces a personajes tan pintorescos y extrovertidos, no sé por qué sigues siendo tan tímida.

—Aaaaaayyyy, pero es que Sasazuka da mucho mieceedo —se quejó Nannah con un deje de voz desquiciante.

Dovev suspiró, y sin decir nada se fue a la habitación de Sasazuka, la profesora de primaria.

Pero cuando Dovev estuvo a punto de golpear la puerta con sus nudillos aún manchados de harina, Sasazuka ya estaba saliendo.

—Vámonos —dijo simplemente tras salir de la puerta, ya vestida y arreglada.

La amiga japonesa del grupo llevaba el pelo corto y ondulado por los lados, dejando que un flequillo le cubriera parte de la frente. Vestía una camisa de encaje blanca y cargaba una mochila cuadrada de cuero en la espalda. Jamás salía de casa sin ella. Dentro tenía trabajos y exámenes que corregir de aquellas criaturas diabólicas que eran los niños de

su colegio. Sasazuka llevaba ya varios años trabajando como profesora de primaria, y nunca parecía quejarse de toda la carga que eso suponía.

Dovev y Nannah tragarón saliva al unísono. Sasazuka era muy buena amiga de ambos, pero tenían que reconocer que muchas veces les daba pavor tratar con ella. Era difícil saber en qué estaba pensando.

Filigrana apareció de la nada, vistiendo una camiseta de tirantes negra con dibujos estampados de todo tipo de coloridos insectos, pantalones vaqueros cortos y unos zapatos de claqué. Los vecinos le odiaban.

Lo bueno de Filigrana era que aunque estaba rematadamente loco, era fácil saber qué tipo de persona era, y uno se iba acostumbrando a sus estupideces.

Sasazuka le miró de arriba abajo, analizando cada uno de los elementos que formaban el ser que era Filigrana. Cuando terminó de escanearle, le pegó dos golpes en el pecho a con la palma de su mano, creando un sonido vibrante y hueco.

—Bonita camiseta, Filigrana.

Filigrana puso los ojos en blanco, extasiado de felicidad.

—¡Por fin alguien que entiende mi fantástico gusto por la moda!

Nannah y Dovev se miraron y juntaron las cabezas para que no les oyeran sus otros dos amigos.

—¿Crees que lo ha dicho sarcásticamente o en serio? —preguntó Nannah a su hermano.

—Sinceramente... no tengo ni idea. ¿Quieres preguntar?

—Ni de coña.

—Me lo imaginaba —sonrió Dovev.

—Venga chavales, que hay hambre —dijo Sasazuka ya desde la puerta, poniéndose los zapatos para marcharse.

Y así, se fueron con expectativas de comer algo delicioso y picante.

5

Tres mentiras

En quince minutos ya tenían delante de ellos todo lo que habían pedido: un colorido bibimbap para Filigrana, un cárnico bulgogi para Sasazuka, un extra picante ramyun para Nannah, y un grasiento samgyeopsal para Dovev. Todo ello acompañado de tres raciones de kimchi de col y rábano.

Aquel era el restaurante coreano favorito de los cuatro. Lo había descubierto Filigrana de casualidad dando un paseo por el barrio, y al probarlo fue corriendo a avisar a sus amigos de que tenían que comer ahí de ahora en adelante. La dueña del local, la señora Choi, estaba más que encantada con sus pintorescos clientes que sabían apreciar su comida.

Filigrana inclinó la cabeza para oler el emblemático aroma de la comida coreana. Olía a todo lo bueno que la tierra puede ofrecer, y a picante. Mucho picante.

Cuando Filigrana volvió a colocarse en su asiento, de su cuello se deslizó un colgante de un helado de cucurucho tricolor derritiéndose.

—¿Qué es ese colgante? ¿Otro de tus increíbles accesorios en una moda que solo tú comprendes? —le preguntó Dovev.

Filigrana compuso ofendido una mueca. Agarró con una mano el colgante y lo besó mientras miraba con devoción el techo del restaurante.

—¡Nada de eso! Esto es el símbolo de mi iglesia. La iglesia del helado derretido.

Los tres empezaron a reírse. El único que no lo hizo fue Filigrana.

—¿Y qué se supone que dice esa iglesia? ¿Qué hay que dejar que se derritan todos los helados por orden divina? —preguntó con sarcasmo Sasazuka, y los otros dos le acompañaron en la mofa.

—Nada de eso. El fundador de esta iglesia alcanzó la iluminación cuando estaba comiéndose un helado y lo vio derretirse hasta que una de las bolas cayó al suelo. Entonces comprendió todos los secretos del mundo, fundando así su propia iglesia para dar a conocer las respuestas

definitivas al sentido de la vida —explicó Filigrana sin respirar ni una vez, emocionado por sus propias palabras.

—Tío, deja ya de mentir tan descaradamente, estás quedando fatal —le contestó Dovev, que ya se estaba concentrando de vuelta en lo que de verdad importaba: su comida.

—¿Y dónde está esta iglesia que dices? —le preguntó con incombustible curiosidad Nannah.

Filigrana sonrió de manera enigmática. Blandía su expresión con orgullo.

—Es un secreto. La localización de la iglesia solo se cuenta cuando uno de los miembros ve a otra persona con un helado derritiéndose y que no hace nada para evitarlo. ¿No es maravilloso?

—Anda, déjate de chorradas y cómete el bibimbap, que se te va a enfriar —le ordenó Sasazuka.

El instinto de Filigrana quiso obedecer a la estricta profesora. Pero su boca siguió moviéndose por cuenta propia. Aún tenía ganas de hablar.

—¿Por qué siempre te pides lo mismo cuando vamos a comer al coreano? —le preguntó Filigrana a Dovev mientras mezclaba una generosa cantidad de colorido gochujang en el cuenco ardiente de piedra, produciendo un crujiente crepitar de ingredientes.

—Me gusta ir a por lo seguro. Además, esta panceta está de muerte —contestó con simpleza Dovev tras colocar un pedazo de carne grasienta y dorada en una hoja de lechuga y devorarla con un poco de kimchi. Le supo a gloria.

Nannah se limitaba a soplar los fideos y apartar su pelo para que no se convirtiera en parte del menú. Sasazuka por su parte, quería meterse en la conversación iniciada por Filigrana.

—No te vendría mal cambiar de vez en cuando. Quién sabe, quizás te gustaría alguno de los otros platos —sugirió mientras seguía comiendo pedazo de carne tras pedazo de carne sin apenas masticar.

Dovev devoró otra hoja de lechuga rellena de panceta. Tras engullir el manjar sonrió satisfecho.

—Me encanta este plato, no pienso pedir ninguna otra cosa, os lo aseguro. Me gusta lo que me gusta. Me siento muy cómodo con este plato. No sé por qué queréis darle tantas vueltas a esta tontería y seguir hablando del tema.

—Quizás ese es el problema, que no quieras hablar de ello.

Dovev paró de comer y miró a sus amigos que no le estaban quitando ojo de encima. Ellos también habían dejado de comer.

—¿A qué ha venido ese comentario, Sasazuka? —preguntó ya enfadado Dovev. Se olía algo podrido, y no venía de ninguno de los platos de comida.

Filigrana, Nannah y Sasazuka se miraron sin decir nada. Hacían gestos con los ojos, yendo y volviendo como pelotas de tenis. Ninguno parecía querer tomar el primer paso.

—Nannah, díselo tú, eres su hermana —dijo Sasazuka.

Nannah jugueteaba con su pelo, con la vista clavada en los picantes fideos. Pareció que iba a quedarse callada, pero finalmente habló.

—Dovev... estamos... preocupados por ti.

Dovev se lo veía venir. Sabía que aquella conversación iba a llegar tarde o temprano y que estaban planeando desde hacía tiempo otra “intervención.”

Nannah se dio cuenta de la reacción incómoda de su hermano y rápidamente cerró la boca como si se la hubieran cosido de golpe. Filigrana se metió de por medio para salvar la situación.

—Mira tío, sabes que te queremos mucho, ¿vale? Nada de cosas raras de por medio, te juro que no te la quiero co...

—Concéntrate, Filigrana —le riñó Sasazuka a tiempo.

—Perdona, tienes razón. Lo que quiero decir es que estamos preocupados porque ya han pasado meses desde que... bueno, ya sabes, desde que...

—Desde que Julie murió —terminó de decir Sasazuka con seria expresión—. Y no has dicho nada desde entonces. Nada. Cero. Nunca hablas sobre ella, ni siquiera la mencionas. Es más, ¡tampoco has ido a ver su tumba desde entonces! ¿A ti eso te parece un comportamiento sano?

La cara de Dovev se fue encendiendo con furia con cada una de las palabras de sus ahora no tan amigos.

—¿Pero se puede saber qué os he hecho para que me estropeéis la comida? No he venido aquí para que me echéis la culpa por no quedarme en un rincón llorando hasta deshidratarme.

—Por el sagrado poder del helado derretido, Dovev, no te estamos diciendo que hagas eso. Estamos contentos de que estés trabajando y que tu vida siga adelante. Pero parece que... que no te importa lo que le ha pasado a... a ella —tartamudeó Filigrana, casi a punto de llorar. Era una persona emocional, y al igual que Nannah y Sasazuka, habían querido a

Julie como una más del grupo. Como una de la familia.

—Filigrana tiene razón, Dovev. Tienes que hablar sobre ello. Tienes que sacarlo fuera, si no... algo terrible va a pasarte, estoy segura —añadió Nannah, que tímidamente se había ido acercando a la mano de su hermano para finalmente agarrarla con fuerza.

Dovev intentó relajarse. Empezó a respirar hondo, mientras los demás esperaban a que dijera algo. Cuando por fin sintió que sus palabras no saldrían disparadas como balas, contestó.

—Chicos, agradezco vuestra preocupación, en serio —mintió Dovev—. Pero no hace falta que hagáis esta... intervención en nuestro restaurante coreano, es absurdo y no va a ayudar a nadie, mucho menos a mí. Así que por favor, creedme cuando os digo que estoy perfectamente. La vida sigue, y yo voy junto con su imparable corriente.

Los tres amigos se miraron de nuevo, sin creerse las cuidadas y tranquilizadoras palabras de Dovev.

—Pero... ¿Eres feliz? —preguntó Sasazuka.

El viudo se quedó en silencio durante un segundo. Un segundo cargado de duda de la cual todos se dieron cuenta.

—Sí, soy muy feliz —mintió una segunda vez Dovev, masticando la comida fría.

Los demás, viendo que aquel iba a ser el final de su vano intento de ayudar a su amigo, siguieron comiendo sin decir nada más.

Dovev, distraído, se había puesto demasiado picante en lo que ya era magma volcánico para sus papilas gustativas. Le escocían los ojos, llenándose de ardientes lágrimas.

—Esto no pica nada —mintió por tercera vez.

6

Nació en la oscuridad

Los días fueron pasando sin mucha novedad desde aquella incómoda comida en el restaurante coreano. Aunque luego sus amigos intentaron cambiar de tema, ni las tonterías de Filigrana, ni los comentarios ácidos de Sasazuka, ni la simpática timidez de su hermana ayudaron a arreglar el mal sentimiento que Dovev llevaba encima.

Intentó quitarse de la cabeza aquella nube negra con uno de sus pasatiempos favoritos: visitar tiendas de libros a buscar nuevos títulos.

Para él, aquella actividad era un ritual: el recorrido a la tienda de libros, hacer un primer barrido por los títulos y las portadas, escoger alguno que le llamara la atención, leerse la sinopsis y decidir si valía la pena o no seguir investigando. Y muy de vez en cuando, sentir que aquel libro, aquella historia le estaba gritando “¡Soy para ti! ¡Soy para ti! ¡Léeme! ¡No me dejes escapar!” Eran raras aquellas ocasiones. Pero cuando Dovev lo sentía, sabía que no se iba a equivocar.

Pero también se producían “excepciones.” Libros que aunque sabía que no eran los “elegidos” sentía curiosidad y al final acababa comprándolos. Debido a este hábito, su pequeño cuarto estaba a rebosar de libros.

En su puñado de metros cuadrados tenía las siguientes posesiones: diez camisetas cortas color granate apagado, dos vaqueros que solo renovaba cuando ya perdían todo su color, tres sudaderas negras, ropa interior suficiente para no tener que darle la vuelta en caso de emergencia, una cama con un edredón nórdico, una taza con la cara de Filigrana (regalo de Filigrana), una cuchilla para afeitarse la cabeza que usaba todos los días, su fiel amigo el ordenador portátil, un pequeño escritorio, y ciento sesenta y ocho libros apretujados por las estanterías que cubrían su cuarto.

Entrar en la habitación de Dovev era adentrarse en una pequeña biblioteca donde se respiraba el mismo ambiente de solemnidad. Todos

sus compañeros de piso, cuando querían algo para leer, no se molestaban en ir a una tienda. Acudían a la habitación de Dovev, le pedían una recomendación, y él, encantado, se la concedía.

Dovev había acabado comprando aquella tarde una novela titulada “El abandono”, por la cual sentía curiosidad al ver que era una extraña mezcla de géneros de ciencia ficción, magia, religión y esoterismo.

Dejó el libro en una de las estanterías, apilado junto con otros cinco. Era la torre de libros de la lista de espera. Aún le quedaba un tiempo para llegar hasta el que había comprado. Pero no le importaba. Así siempre tenía libros para poder leer. Aquella era su única adicción y capricho.

Esa noche, en vez de seguir su rutina de leer y luego acostarse, un pequeño pensamiento afloró en su mente: ordenar los tres cajones de su escritorio. Hacía tiempo que no lo hacía, y a juzgar por el aspecto del interior, era necesario poner orden entre el caos.

Dentro había toda clase de basura acumulada por descuido y pereza. Pero entre todos aquellos desperdicios, había pequeños diamantes de recuerdos. Encontró una pelota de goma azul eléctrico que su padre le había regalado de pequeño. Un ticket de un viaje que habían hecho los cuatro amigos en mejores años pasados al parque de atracciones. El cortaúñas que llevaba buscando meses. Y otros muchos objetos imbuidos de recuerdos y emociones.

Pero el hallazgo más interesante fue un cuaderno negro repleto de recortes de revistas con retratos fotográficos de sus escritores favoritos. Todos tenían aspecto de ser misteriosos sabios, con sus barbas más o menos cuidadas y con sus gafas de todas las formas y colores. Dioses del Olimpo de las palabras, maestros de la narrativa, auténticos contadores de historias.

Hacía años que no veía aquel cuaderno. Se le hacía raro encontrarlo después de tanto tiempo, pero sintió que el cuaderno no le juzgaba y que estaba esperando su regreso como un viejo y fiel amigo.

Entre aquellas páginas había multitud de notas con sus ideas para historias de todo tipo, desde fantasía épica hasta romántica. No se acordaba de todas aquellas ideas, y sin embargo, cuando las leyó, algo en su mente despertó, llegándole súbitamente los recuerdos de cómo empezaba la historia y cómo iba a terminar. Siempre sabía el principio y el final, pero nunca lo que pasaba en medio. Por eso nunca se le dieron muy bien los relatos largos.

Consecuentemente, ya desde pequeño Dovev tenía claro que lo que más le gustaba escribir eran cuentos. Pero no los de princesas ni los de animales mágicos que ayudan a todo el mundo. Le gustaban las historias con seres enigmáticos, simbolismos secretos, y algún mensaje difícil de comprender que solo pudiera ser entendido tras varias lecturas y conversaciones con personas que lo hubieran leído también. Dovev quería ser esa clase de escritor.

Por desgracia, las ideas de aquel niño no eran brillantes. Algunas de ellas eran tan absurdas que Dovev no pudo evitar reírse de sí mismo. Eran estúpidas, pero tenían su encanto.

«¿Cuándo dejé de escribir?» se preguntó a sí mismo Dovev. Buscó entre los cajones de su memoria la razón por la que había parado. Antes le gustaba tanto como leer. Las dos cosas iban de la mano. Inseparables. No podía consumir sin crear por partes iguales.

Entonces se acordó de que a su esposa le encantaban las historias que él creaba. Incluso le había mostrado todos los manuscritos de sus extraños cuentos. Ella adoraba cada una de sus creaciones como si fueran sus propios hijos.

Dovev arrojó el cuaderno al cajón y lo cerró de golpe. El sonido de madera contra madera retumbó por toda la habitación. No quería recordar más.

Se fue directamente a la cama y se tapó con su cómodo y grueso edredón, cerrando los ojos con la clara intención de dormir.

Pero los minutos fueron pasando hasta convertirse en horas, y el sueño no le poseía.

Algo no le dejaba dormir.

La frustración de Dovev fue en aumento, pues no entendía cual era la razón por la que no podía quedarse dormido, ya que no había ingerido nada con cafeína o algún alimento que le hubiera dado energía extra.

Y sin embargo, se sentía inquieto.

Dovev iba dando vueltas y vueltas sobre la cama, rebozándose en su sudor, intentando buscar la mejor posición para dormir. Pero era inútil, aquello no estaba funcionando.

Se preguntó entonces lo inevitable. “¿Es porque me he acordado de ella?” Tras reflexionar unos momentos, se dio cuenta de que no era eso. Había algo más. Algo que se le escapaba.

Entonces lo reconoció. Fue como ver una chispa en medio de las tinieblas. Conocían bien aquel sentimiento aunque al principio no se hubiera dado cuenta. Otro viejo amigo le visitaba aquella noche.

Era la inquietud de alguien que tiene una idea para crear una nueva historia.

Y aquella idea no quería abandonar su afeitada y brillante cabeza. Daba vueltas como un pájaro en una jaula, golpeándose contra los barrotes, intentando escapar a través de ellos. Dovev se esforzaba para visualizar la forma de la idea, pero era demasiado abstracta, demasiado salvaje y joven. Todavía en sus primeras fases.

Pero era fuerte. Más fuerte que ninguna otra idea que hubiera tenido antes.

La idea parecía latir dentro de su misma cabeza. Con cada rítmico golpe, sentía que estaba a punto de nacer algo grande y maravilloso.

«Bum»

Si. Casi lo tenía. Ya estaba tomando forma.

«Bum»

Era un cuento... un cuento como a él siempre le han gustado.

«Bum»

Un cuento... sobre...

«¡Bum!»

Sobre la vida... y la muerte.

«¡BUM!»

Como una explosión cósmica, el llanto se expandió por toda la habitación de Dovev. Sobresaltado, abrió los ojos de golpe, y miró horrorizado cómo su cama estaba manchada de sangre.

Y en medio de su edredón favorito, el pequeño cuerpo de un bebé recién nacido lloraba con todas sus fuerzas.

7

El vaso

Dovev dudó si estaba soñando o estaba despierto. Pero el inconfundible estruendo del bebé llorando, perforándole los oídos era imposible de ignorar. La cálida humedad de la sangre en su cama era demasiado real.

El bebé seguía llorando. Tenía los ojos cerrados y la boca sin dientes muy abierta, dejando escapar aquellos gritos con la fuerza de todo su diafragma y pulmones.

«Tiene miedo» pensó Dovev sin darse cuenta, aunque él mismo también estaba en estado de pánico. Sí, aquellos gritos eran los de una vida aterrada por haber llegado a un mundo desconocido de sombras.

Sin pensarlo, Dovev cogió una de sus toallas recién lavadas e intentó acercarse a la frágil criatura para arroparla. El bebé luchó contra él, intentando empujarle con sus diminutas manos. Dovev agarró la frágil cabeza con cuidado para levantarle y empezar a envolverle poco a poco entre su toalla. Nunca antes había arropado a un bebé tan pequeño, y mucho menos a un recién nacido.

A pesar de su nula experiencia, consiguió envolver al bebé como un burrito. Pero seguía llorando sin cesar. Aún sentía miedo.

—Por favor, por favor, tranquilízate... vas a despertar a los demás... —le dijo Dovev en voz baja, cerca de su cabeza para que así le oyera mejor.

Cuando Dovev formó esas palabras, se dio cuenta de algo. Si sus amigos aún no se habían despertado por aquellos llantos, o bien estaban más sordos de lo que creía, o ese bebé no era real.

Un escalofrío le recorrió toda la espalda. Por fin estaba sucediendo, se estaba volviendo loco. Sabía que ocurriría tarde o temprano desde la muerte de su esposa. Era el fin de su vida. Se imaginó a sí mismo en una institución mental durante el resto de sus días, con el cerebro podrido y con Napoleón Bonaparte de compañero de habitación.

Pero los gritos del bebé le sacaron violentamente de su futuro imaginario. Real o no, aquellos llantos tenían que parar.

Dovev empezó a usar distintas estrategias para tranquilizar al bebé. Le acunó, le repitió “ea ea” un millar de veces, le acarició la cabeza e incluso le intentó cantar una nana. Pero su voz no debía de ser muy reconfortante, pues el bebé siguió llorando y llorando.

En un intento desesperado de conseguir un poco de paz en aquella caótica noche, Dovev se acordó del cuaderno de historias que había tirado al cajón. Lo sacó con una mano mientras con la otra sujetaba con delicadeza al bebé llorón, y lo abrió en un punto al azar.

—¿Quieres oír una historia? ¿eh? ¿Quieres oír una historia? —le preguntó Dovev con aquel tono de voz que tanto odiaba que usaban los padres con sus hijos. Se sintió un hipócrita.

Sorprendentemente, el llanto del bebé empezó a apagarse. Se estaba tranquilizando. Era como si hubiera estado esperando ese momento desde que había aparecido de manera espontánea en su cama.

Aprovechando que su estratagema estaba funcionando, Dovev empezó a leer la primera historia que encontró con su mano libre. Le costaba entender su propia letra, así que leyó lentamente hasta conseguir descifrar aquellas palabras que parecían haber salido del culo de un calamar.

»El vaso, por Dovev.

»Érase una vez, un vaso vacío.

»Todos sus amigos estaban llenos de maravillosos líquidos: agua, refrescos, batidos de chocolate, limonada, leche y muchos otros más.

»Pero este vaso estaba vacío. Nadie lo usaba para beber de él. Y sin entender por qué, le preguntó a sus compañeros cuál era la razón.

»Los demás vasos le miraron y se rieron de él.

»“Es porque tienes un agujero en el fondo. Nadie quiere un vaso con un vacío” le dijeron entre burlas.

»El vaso miró por primera vez a sus pies y efectivamente encontró un agujero. A través de esa oquedad pudo sentir la oscuridad del mundo y eso le dio miedo.

»El vaso se sintió triste y sin propósito. ¿Qué era un vaso que no podía llenarse? Así que se fue a tierras lejanas para nunca más volver a su hogar, en busca de un lugar donde morir.

»En su viaje encontró muchos lugares inolvidables y maravillosos, pero en ninguno sintió que era bueno para caer muerto. Algo le empujaba a seguir buscando.

»Llegó entonces a las montañas más altas del mundo, y ahí finalmente decidió que era un buen sitio para acabar con su inútil existencia.

»Pero cuando llegó al borde de la montaña, una mano le agarró. Era un monje de las montañas.

»«¡Suéltame!» le ordenó el vaso con el agujero. «¡Quiero morir!»

»El monje, extrañado le preguntó por qué un vaso iba a querer morir.

»«Tengo un agujero y nadie puede usarme así. Prefiero morir a no ser útil» contestó entre lágrimas el vaso.

»El monje sonrió enigmáticamente.

»«Eso ya lo veremos» fue su única respuesta.

»Entonces el monje le llevó a su templo, y allí, usando sus manos, cogió tierra del suelo y fue llenando el vaso con ella. Y cuando el vaso rebosó, colocó un pequeño brote de soja recién nacido encima de él.

»Y el vaso se sintió por primera vez en su vida pleno y feliz.

»Fin.

Dovev se cubrió la cara con la palma de la mano. La historia era tan ñoña que le dio vergüenza ajena leerla hasta el final. No se acordaba de haber escrito algo tan pasteloso.

Entonces se dio cuenta de algo. Algo maravilloso y que antes había dado por imposible. Había silencio. El bebé había dejado de llorar hacía un rato, pero Dovev no se había dado cuenta porque estaba concentrado leyendo aquel embarazoso cuento de su infancia.

El bebé respiraba regularmente por la nariz, dejando escapar un suave silbido con cada espiración.

Dovev sonrió. Fuera su imaginación o no, aquel bebé era precioso.

Y sin poder remediarlo, el cuerpo cansado de Dovev se fue tumbando con un bebé en brazos en la cama aún empapada de sangre.

Lentamente, la oscuridad del sueño se fue apoderando de él, hasta que se fundió con ella y desapareció.

8

Ventana abierta, nombre volando

Dovev no soñó con nada aquella noche. Su cuerpo y mente habían caído derrotados por el cansancio tras aquella aparición nocturna.

Algo se revolvió entre sus brazos. Dovev se despertó asustado por el inesperado movimiento para darse cuenta de que el bebé seguía con él, durmiendo plácidamente, sacudiéndose de vez en cuando entre sus desconocidos sueños.

Su corazón empezó de nuevo a latir a cien por hora. Pensó que el descanso levantaría toda duda del suceso, pero ahora, a la luz del sol, las cosas estaban más confusas que antes. Bajo los rayos iluminadores, aquel bebé era tan real como todos los objetos de su habitación.

Unos golpes sonaron en la puerta de Dovev. Sobresaltándose, se quedó callado, dubitativo de si responder o no.

—¿Dovev? ¿Estás vivo o qué cojones te pasa?

Era Sasazuka.

—¿Puedo entrar? —preguntó con perforadora voz.

Dovev se levantó lentamente, dejando el bebé en la cama manchada de sangre seca. Aquel era el momento de la verdad. Si su amiga veía el bebé, entonces es que no estaba loco. Y si no lo veía...

—Ahora voy —contestó finalmente Dovev.

Abrió la puerta y vio a Sasazuka con una expresión risueña.

—Buenos días, Dovev.

—Buenos días, Sasazuka, ¿qué quieres?

Sasazuka se frotaba las manos como un hámster hambriento. Dovev sabía lo que significaba.

—Vamos, suéltalo Sasazuka.

—Pues quería pedirte otro libro. Ya me he terminado el último que me diste.

Dovev asintió nerviosamente. No le importaba que sus amigos cogieran prestado sus libros. Es más, le encantaba porque así podía hablar

con alguien sobre ellos. La frustración de querer hablar sobre un libro que nadie ha leído era uno de los sentimientos que más odiaba.

Pero en aquel momento su mente estaba ocupada en asuntos más importantes que dejar prestado uno de sus libros.

La invitó con relucencia a entrar en la habitación. Contuvo la respiración, pues el bebé estaba a plena vista de su amiga.

Sasazuka se quedó quieta, mirando fijamente la cama.

—Dovev... ¿Pero qué...? ¿Esto qué es? —exclamó escandalizada Sasazuka apuntando con su dedo.

«¡Puede ver al bebé! ¡Puede verlo!» gritó en su interior Dovev, sintiendo por fin un gran alivio.

—¿Me puedes explicar qué cojones es eso?

—¡No lo sé! ¡Me estaba volviendo loco! ¡Pero no sabes cuánto me alegro de que tu también puedas verlo!

Sasazuka arqueó una ceja.

—¿Te alegras de que vea tu cama sin hacer a estas alturas de la vida? Vamos Dovev, que ya no eres un adolescente. No me seas tan guarro.

Dovev se vino abajo. Sasazuka no veía la cama ensangrentada. No veía el bebé. No veía nada. Se desplomó derrotado en la silla de su escritorio y se agarró la cabeza. Su mundo se estaba viniendo abajo, despedazándose, convirtiéndose en polvo y ceniza.

Sasazuka percibió el repentino bajón de su amigo sin entender qué estaba ocurriéndole.

—Bueno, bueno, tampoco te pongas así. Es solo una cama — intentó decir de la manera más simpática posible—. Perdona que te haya echado la bronca, ya sabes que esto de ser profesora de primaria te deja con ese tono de orden constante. Es una mierda.

Sasazuka se sentó en la cama, apenas a unos centímetros a punto de aplastar el bebé, ignorándolo por completo mientras seguía durmiendo como si nada más importara en el mundo.

Ahora todo estaba iluminado para él. Aquel bebé era un producto de su imaginación. Acababa de aceptar que se había vuelto loco.

—Bueno, pues cojo uno de tus libros entonces. ¿Me recomiendas alguno?

Dovev no contestó. Se había quedado sin palabras.

Sasazuka, sin decir nada más, cogió uno cualquiera de su infinita estantería y se dirigió hacia la puerta, confundida por el inusual comportamiento de su amigo.

—Venga Dovev, nos vemos por la tarde, que tengo que currar. Esos pequeños diablos no van a aprender solos. Cuidate y ánimo, que es solo una cama —se despidió antes de desaparecer por la puerta.

La cabeza de Dovev daba infinitas vueltas. Millones de escenarios posibles formaban constelaciones en su cabeza. Era el fin de su vida. Podía ir al psicólogo o al psiquiatra para que le ayudaran, ¿pero serviría de algo? Estaba condenado a una vida de fármacos que le freirían la cabeza para siempre. Aquello no era vida.

Alzó la mirada del suelo para mirar al bebé. Todavía seguía durmiendo.

Un oscuro pensamiento reptó por su cabeza.

«Quizás aún tenga una posibilidad».

Se levantó de la silla, y con cuidado cogió a la frágil criatura envuelta aún en su toalla.

Con pasos cortos e inseguros se acercó a la ventana de la habitación y la abrió con la mano libre. El chirrido de la oxidada bisagra dio paso a la fresca brisa primaveral.

Con manos temblorosas, empezó a sacar al bebé por la ventana hasta dejarlo colgando fuera, dejando un terrible vacío a los pies de aquella alucinación.

Solo tenía que soltarlo y dejarle caer. Quizás así, su problema se iría para siempre. Solo tenía que abrir las manos y dejar que la fuerza del mundo acabara con la vida imaginaria de ella.

«¿Ella?» se sorprendió pensar Dovev.

Recordó que cuando apareció en su cama, estaba desnuda, como todos los bebés cuando vienen al mundo. Inconscientemente debió de saber que era una niña, pero no lo había pensando hasta ese momento en que el bebé estaba a punto de caer contra el suelo.

Dovev seguía con los brazos estirados. El bebé seguía durmiendo.

Estaba sudando. La brisa de la mañana le recorría la cara, congelándole la piel. La duda le quemaba por dentro.

Entonces el bebé abrió los ojos, y miró directamente a Dovev.

Y se perdió en aquellos diminutos ojos, brillantes como todas las galaxias del universo. Aquello, sin saber por qué, le hizo sonreír como hacía tiempo que no sonreía, y el bebé, milagrosamente, le sonrió también.

Aquella sonrisa era como la luz de diez mil soles. Cálidos. Radiantes. Especiales.

—No puedo... no puedo hacerlo.

Dovev metió al bebé de nuevo en su habitación, acunándole entre

sus brazos, besándole la suave frente, protegiéndole del viento.

Protegiéndole de él mismo.

Alucinación de su mente destrozada o no, no podía matar a aquel bebé. Simplemente no podía.

Algo dentro de él estaba roto desde hacía tiempo. Y ese trozo resquebrajado de su ser había resonado con aquella criatura misteriosa, de una manera que Dovev aún no podía comprender.

El bebé seguía mirando a Dovev. Sus manos todavía sudadas y manchadas de sangre. Su corazón encogido en un puño.

Decidió quedarse con ella y cuidarla. Y aunque no tenía ni idea de todas las dificultades que aquello le iba a suponer, estaba seguro de su decisión.

Pero tampoco era consciente de las bendiciones que le iba a traer aquella criatura.

—Necesitas un nombre —le dijo en voz alta Dovev a la pequeña.

El bebé miró de nuevo a los ojos de su cuidador y sonrió una vez más.

Le vino el nombre tan claro como un fogonazo de luz en la oscuridad.

—Irene.

9

Son alimento

Dovev se pasó los siguientes días descubriendo, aprendiendo y adaptándose a la naturaleza de su alucinación.

Primero compró a escondidas de sus amigos todos los artículos necesarios para cuidar un bebé: pañales, leche en polvo, extractores de mocos, toallitas de muselina y todo lo que se le ocurrió de las leyendas y extrañezas sobre bebés que había escuchado durante toda su vida.

Pero Irene no era como todos los bebés.

Cuando lloraba, daba igual que Dovev le cambiara los pañales o le intentara dar de beber leche en polvo. Nada de eso servía para calmarla.

El bebé no comía ni hacía sus necesidades, solo se alimentaba de historias. Era el bebé perfecto para él. Dovev se asombró de cómo funcionaba su propia mente para evitar todos los inconvenientes.

Dovev le leyó de nuevo algunas de las historias de su viejo cuaderno como “El ogro y el invierno” y “El forjador de estrellas.” Pero pronto se empezó a quedar sin historias creadas en su infancia. Así que le empezó a leer las de otros escritores. Le dio miedo de que
[FIN DEL LIBRO GRATUITO]

Haz click para conseguir el libro completo:
Ebook | Tapa blanda

o visita [ESTE ENLACE](#)

Encuentra al autor en:

www.danielbadosa.com

Youtube: Daniel Badosa

Twitter: @danbamo

Instagram: danielbadosa